
PRÓLOGO

PLIF... PLIF... lágrimas. Imaginad que las veis caer de vuestros ojos; allí dentro está vuestra madre con rostro de muchacha, se está acariciando el pelo, colocándoselo detrás de una oreja. Imaginad que veis en su interior las caras y los lugares de vuestra vida... las montañas, con los cielos pegados, autopistas y puentes y árboles que nadan en el agua salada de pequeñas lágrimas. Y se estrellan contra el suelo salpicándolo todo alrededor. Para no volver nunca. Todo desborda los diques de los ojos, y huye sin remedio. Para siempre. Como la historia que está a punto de comenzar.

PRIMERA PARTE

¿Tú ves un universo entero en esta única
gota de agua?

WERNER HERZOG

1

JURO QUE NO ME ENAMORO

—Y usted, señor Bernini, ¿qué es lo que va a hacer en Nueva York? —le pregunta la señora que tiene una montaña de pelo sobre la cabeza.

A su espalda hay una enorme foto de Bush sonriendo, con esos ojos un poco hinchados de sueño que le dan todo el aspecto de alguien que acaba de levantarse y que sólo piensa en el momento de desayunar.

—¿Qué es lo que va a hacer en Nueva York? —repite en voz alta la mujer.

Exactamente la misma insistente pregunta con la que sus padres no han dejado de machacarlo en los últimos meses. Pero ahí, en el consulado americano, no puede contestar de igual forma que a ellos:

—Es asunto mío.

De hacerlo, se quedarían cortos los ataques de ira de papá: la vieja del peinado aparatoso llamaría al guardia de la ametralladora y probablemente lo haría fusilar ahí mismo.

—Perdone, ¿cómo dice?

—¡Digo que qué va a hacer en Nueva York! ¿Cuántas veces se lo tengo que repetir?

—Voy a hacer prácticas en la agencia inmobiliaria de Gianni Pastanella, un italoamericano que...

—Ya, la Easyhome Real Estate. Excelente empresa, ni que decir tiene.

Ennio está aún pensando por qué la señora le ha hecho esa pregunta, cuando ella se le adelanta con otra:

—¿Tiene usted a alguien en Italia?

—Sí —dice Ennio acercando la boca al microfonito encajado en el cristal.

—¿Hermanos?

Ennio duda una vez más.

—¿Cómo?

—Le he preguntado si tiene hermanos.

—No.

—¿Padre, madre?

—Sí.

—¿Novia?

—N-no.

—¡Mal! En cualquier caso, señor Bernini, tiene usted intención de volver a Italia después de su experiencia laboral, ¿verdad?

Ennio sabe que no volverá. ¿Quién lo haría en su lugar?

—Claro que volveré a Italia —suelta Ennio.

—Bien, pero ¿si por casualidad en Nueva York conoce a una mujer?

—¿Si por casualidad en Nueva York conozco a una mujer?

—Mire que la pregunta se la he hecho yo —dice la señora, irritada.

—Entonces...

—¿Y bien?

Ennio advierte esa imprevista, funesta, incontenible corriente de aire que se está abriendo camino entre sus tripas para salir a la luz...

Es inevitable; lo ha determinado un destino cruel: dentro de poco menos de un segundo Ennio soltará una ventosidad, y no se sabe aún de qué dimensiones.

¿Te lo imaginas? ¡Que te nieguen el visado por culpa de un pedo! ¡Qué vergüenza!

La señora de la cabeza gigante mueve los labios, pero no se oye nada.

—Perdone, el micrófono a veces se bloquea —dice la mujerona—. ¿Podría repetirlo?

Ennio sonríe, salvado por el microfonito defectuoso. Se pregunta si la señora no ha apreciado tanto la melodía como para pedir un bis...

—¿Me oye, Bernini? ¿Puede repetirlo?

—Si conozco a una mujer...

—Si conoce a una mujer americana y se enamora de ella, ¿qué hace? ¿No vuelve a Italia?

Juro que no me enamoro, le gustaría contestar.

—Me caso con ella —rebate Ennio con tono decidido y mirando fijamente a su interlocutora.

—¿Cómo?

—Me-ca-so-con-ella.

—...

—En Italia.

Obviamente.

2

HOMBRES CON «I GRIEGA»

Las lágrimas vistas de cerca son grandes como universos enteros. Millares de estrellas y planetas desconocidos que resbalan de los ojos. Como los de esa mujer que tiene un niño en brazos. Quién sabe por qué está llorando. Lo hace con compostura y en silencio. De vez en cuando, con el nudillo del índice, interrumpe delicadamente el recorrido de sus lágrimas. Otras huyen por los pómulos, le acarician la boca y luego saltan al vacío... Ennio pulsa el botón del zoom con un acrobático juego de muñeca. Después dispara la fotografía. Mira en la pantalla esa lágrima luminosa y ve casas que nadan entre pedazos de cielo. Una autopista, un campo florecido que corre detrás de la valla y en el centro un radiocasete portátil. Debe de tener la batería descargada porque la música llega inconexa. Pero no, son las puertas del metro que ha llegado a su destino: dentro de pocos minutos Ennio se encontrará con su jefe.

Desde una ventana del decimosexto piso de un rascacielos de la calle Cincuenta y dos, se puede oír el chillido

de un cerdo que está a punto de ser degollado. Es la voz del jefe.

—¡Buenas, soy el señor Pastanella, pero puedes llamarme Gianni! ¡Gianny con «i griega»!

—Sí, lo había notado y...

—¿Sabes por qué es con «i» griega?

—N-no.

—Un error del empleado del registro, cuando mi padre fue a inscribirme, ¿understand?

—S-sí.

Delgaducho, Gianni tiene dos ojos hinchados que parecen a punto de saltarte a la cara mientras te habla y un hombro que cada dos segundos se dispara en el aire. Un tic nacido probablemente del deseo de ser más alto.

—Pero mi padre no se lo tomó a mal. Todo lo contrario, decía que tenía que estar orgulloso. ¿Y sabes por qué?

—N-no.

—Decía que esa «i griega» era una honda, como la de David contra Goliat, ¿understand?

—S-sí.

—Una honda que debe usarse para anular al enemigo y convertirse en rey... ¡ja, ja!

Si se le mira bien, Gianni tiene la nariz torcida hacia la derecha. Cuando se ríe parece como si se le escapara de la cara.

—Tal vez no me haya convertido en rey, pero mira esto... ¡la Easyhome Real Estate! Una oficina en Midtown. Sesenta y cinco empleados. Más de treinta apartamentos vendidos cada mes. Más de uno al día, ¿understand? He usado bien mi «i griega» ¿eh?

—S-sí.

—¡Bien, chico! Me caes bien. Vas a ver, harás fortuna en América, ¡ja, ja! ¿Estás listo para emprender la carrera

hacia el éxito? —pregunta Gianni dándole a Ennio una sonora palmada en el hombro.

¡PRRRRR!

—Pero ¿qué haces? ¿Te me tiras un pedo el primer día de trabajo?

—Perdone, ejem... —masculla Ennio palpándose la barriga—. ... ¿Dónde está el baño?

—Por ese pasillo, la segunda puerta a la derecha —farfulla el jefe poniendo los ojos en blanco.

Ennio cruza la puerta del baño, se hace un ovillo contra la pared mientras el vientre parece hinchársele cada vez más. Antes o después se volverá tan grande que levantará el vuelo, piensa. Se verá obligado a anclarse al suelo, agarrarse a una silla, apretar el tronco de un árbol, abrazarlo como se abrazan los sueños...

El jefe le espera pasándose un caramelo de una mejilla a otra y mirando fijamente el acuario gigantesco de detrás del sillón: una multitud de burbujitas y danzas sinuosas de aletas y ojos prominentes, idénticos a los ojos de Gianni. Mister Pastanella ha perdido todo el buen humor que tenía un momento antes.

—Ya hemos malgastado demasiado tiempo, acuérdate de que no estamos en Italia. Aquí se trabaja mucho, y desde el primer minuto. ¡¡¡Jacqueliiiiine, ven aquí!!!

Aparece una mujer flacucha, con las orejas grandes como dos filetes y chanclas en los pies. (¿Cómo es posible que no se le congelen los dedos?)

—Bien, te presento a Ennio... Ennio...

—Bernini —susurra el chico con un hilo de voz.

—Ennio, durante algunos días aprenderás con mi hija Jackie, después te las arreglarás solo... alright. Aquí, en la Easyhome, sabemos cómo motivar a nuestros cola-

boradores. El primer mes tienes que alquilar por lo menos cinco apartamentos o vender uno. Si no... ¿sabes lo que te va a pasar? ¡Ja, ja! ¡Kaput! ¡Despedido! Una patada en el culo y vuelves con mamá, ¿understand?!

Algunos patrones consiguen realmente hacerte sentir a gusto. Saben bien cómo funcionan estas cosas y todo lo demás.

—Ven... —dice Jacqueline mientras su padre se aleja como si se hubiera acordado de repente de cosas más importantes.

La chica tiene de veras dos orejas extraordinarias. Lo acompaña por un pasillo al que dan pequeñas habitaciones de paredes amarillentas, impregnadas de una fragancia de jabón que hace estornudar. Le presenta a algunos empleados, todos concentrados en sus pantallas de ordenador o pegados a un teléfono, entre montañas de papeles, recortes, fotografías y documentos. Los más simpáticos levantan la cabeza y hacen una mueca parecida a una sonrisa. Jacqueline le muestra a Ennio los anuncios que la Easyhome publica en diarios, semanarios y revistas...

—Después, claro, están también los de Internet. ¿Entendido? —pregunta.

—S-sí... creo que sí.

Po-po... po-po-po-po... po-po-po-po... ta-na-naaa... ta-na-naaa... la banda sonora de *Misión Imposible* llena la oficina y retumba en los pasillos. La mano sudorosa de Gianni agarra el teléfono y lo lanza contra la pared de enfrente. «¡Yo a este cabrón de Loman no le vuelvo a contestar! Tiene un apartamento lleno de animales malolientes y encima pretende que se lo vendamos... ¡Cabrón! Por lo menos que se libre de las serpientes, digo yo...» El móvil

rebota en el suelo. Po-po... po-po-po-po... po-po-po-po...
ta-na-naaa... ta-na-naaa...

Ennio se inclina para recogerlo.

—¿Qué hacéis todavía aquí? La cita en el Down-
town... ¡Jackiiiiie!

3

NO MIRÉIS Y NO LEÁIS

Lower East Side. Ennio y Jacqueline caminan por Orchard Street, donde les espera Arwin, un chico musculoso con el pelo color cobre. En su bolso de bandolera tiene prendida una chapa anti-Bush, mientras que en la cabeza lleva una diadema de metal bastante extravagante.

—¿Usted es el señor Johnson? —pregunta Jacqueline, atemorizada por el extraño artilugio que le sobresale entre el pelo.

—En persona.

—Encantada. Jacqueline Pastanella, de la Easyhome Real Estate; él es Ennio, uno de mis colaboradores.

Abren un portón y se cuelan en un largo pasillo de paredes marrones que huelen a meado.

—¿Así que eres director de cine? —pregunta Ennio.

—Digamos que los estudiantes de la escuela de cine nos sentimos a menudo como pequeños Spielberg, pero tengo que admitir que gran parte de los licenciados termina en la iglesia... haciendo fotografías de las bodas...

—masculla el joven con una expresión bastante sombría—. Digamos que yo procuro mantenerme alejado del confeti y los granos de arroz. —Suelta un largo suspiro—. Estoy rodando una película con Zelda...

Zelda debe de ser una actriz famosa en los circuitos underground o algo por el estilo.

—¿Es tan guapa como dicen? —pregunta Ennio.

—¡¿Cómo?!

—Zelda, creo haber oído hablar de ella y me preguntaba si era muy guapa y...

Arwin comienza a reírse como un loco. No hay forma de que pare.

—Perdóname —susurra en cuanto se recompone—, Zelda no es una actriz... si quieres te la presento ahora mismo...

—¿Está aquí? —pregunta Ennio con los ojos como platos.

—La llevo siempre conmigo —dice señalando esa especie de diadema metálica que lleva entre su pelo cubri—o—. Incluso cuando trabajo de camarero o cuando...

—Quieres decir que Zelda es...

—Una espléndida microcámara de vídeo, grabo todo lo que veo... Mira, ahora estás tú.

Ennio le hace una mueca a Zelda, que lo observa con su ojito oscuro, casi invisible, y poco antes de alcanzar a Jacqueline lo distrae un cuadernito abandonado en una esquina.

En la portada, con una extraña grafía en un inglés un poco chapucero, está escrito:

NO MIRÉIS Y NO LEÁIS. SOY YO LA QUE OS LO PROHÍBE, LA DUEÑA DE ESTE LIBRITO SAGRADO. ES

UNA BIBLIA EN MINIATURA, PERO ES LA MÍA; POR LO TANTO, SI QUERÉIS LEER LA BIBLIA, COMPRAD LA ORIGINAL. BUENO, SI ENCONTRÁIS ESTE CUADERNO ES QUE YO SOY ESTÚPIDA, TAN CRETINA QUE ME LO HE OLVIDADO EN ALGUNA PARTE. EN ESE CASO OS RUEGO QUE SEÁIS AMABLES Y CONTACTÉIS CONMIGO AQUÍ: LUNATICALUNA@YAHOO.COM. YO OS RECOMPENSARÉ CON UNA TARTA DE ARÁNDANOS QUE ME ENSEÑÓ A COCINAR MI ABUELA SAYURI. ESTÁ BUENÍSIMA, LE GUSTA HASTA A MI PRIMO SHUN, QUE NO SUELE COMER DULCES... GRACIAS! KAZUKO MIYAKE. XXX

Arwin se acerca a Ennio, también él con curiosidad. Ven algunos extraños dibujos, como éste:



ÉSTE ES EL NACIMIENTO DE UN NIÑO QUE CONSEGUIRÁ VOLAR, NUNCA FIARSE DE LAS APARIENCIAS: EL NIÑO ES FELIZ.

Pero en un instante la voz de Jackie retumba por el descansillo:

—Ennio, estamos aquí para trabajar, no para perder el tiempo. ¡¿Y qué es esta cosa?! —grita catapultando el librito a través de una gran ventana cubierta de insectos.

Por una puerta aparece una minúscula mujer china.

—Buenas tardes, señora Hu Min. Le presento al señor Johnson, que está aquí para ver su apartamento —dice Jacqueline, retomando enseguida su tono profesional—. Y éste es mi colaborador Ennio.

—Encantado de conocerla —murmura Ennio.

La pequeña mujer china dobla la cabeza hacia delante, y masculla algo con la boca casi cerrada. Parece tener los ojitos también cerrados, pero si se mira bien... ¡Caray! Se ven dos bolitas marrones que saltan a derecha e izquierda como las de un flipper. Arwin, Ennio y Jackie se ven inundados por miasmas extraños, ráfagas de especias, olor de detergente mezclado con hierbas, tufo de frito y de canela. Como para quedarse secos.

Arwin empieza a entender el porqué del precio tan bajo, sobre todo después de echar una ojeada a lo que tendría que ser su habitación: un cubículo de dos metros por lado con una ventana filiforme que da sobre un tejado roto y cubierto de calcetines sucios (que probablemente han decidido suicidarse lanzándose desde los pisos superiores).

—Como le dije por teléfono, señor Johnson, estamos en uno de los puntos más característicos de Nueva York... Chinatown tiene realmente un encanto... cinematográfico.

—Pues sí —responde Arwin con una sonrisa irónica que a Ennio no le pasa desapercibida.

—Y además, el precio es tan bajo. El señor Hu Min...

—Mi malido es una buena persona, les vende altulugios a los tulistas —dice la señora Hu Min, interrumpiendo a Jackie—. Éste es su almacén.

La mujer agarra el pomo de una puertecita de madera clara. La habitación está oscura, pero en cuanto el dedo pulsa el interruptor se presenta ante los ojos de Arwin y de Ennio algo inimaginable, como para dejar con la boca abierta. «Wow!» Hasta el techo se yergue una montaña de Torres Gemelas en miniatura apiladas una sobre otra como pedazos de huesos, talladas minuciosamente en metal. Arwin coge un par.

—Si tu complal, yo hacel plecio de amigo, nueve dólares.

Él se pasa de una mano a otra las Torres Gemelas durante unos segundos.

—¿Lo dejamos en cinco?

—Seis dólares y Tolles Gemelas tuyas.

—Hecho —exclama el chico del pelo color óxido, metiéndose las Twin Towers en el bolsillo.

—Bien, señor Johnson —interviene Jackie—, piénselo y si le interesa la habitación deme un toque por teléfono. Mire, ésta es mi tarjeta de visita. Ahora nosotros tenemos otra cita. Gracias y disculpe de nuevo las molestias, señora Hu Min.

—Le invito a decidirse lo antes posible, porque ota gente quiele alquilal habitación —dice la china con un tono en verdad no demasiado convincente.

—Gracias, señora —contesta Arwin ceñudo—. La mantendré informada, hasta pronto.

También Ennio se despide, pero desde que entraron en el apartamento no ha hecho otra cosa que pensar en el cuadernito que Jackie ha lanzado por la ventana y que probablemente ha terminado en la calle, si es que no ha ido a parar a algún tejado.

«No miréis y no leáis. Soy yo la que os lo prohíbe, la dueña de este librito sagrado...» ¿Quién habrá escrito ese

mensaje? ¿Está seguro de no haberlo soñado en un delirio tal vez causado por los efluvios malolientes de esos pasillos malsanos? ¡Pero no! ¡Ahí está! Encajado entre dos bolsas negras de basura, con las páginas revoloteantes. Se da cuenta enseguida de que la portada con la dirección de e-mail de la propietaria se ha volatilizado, probablemente arrancada por los dedos secos de Jackie... Pero no hay tiempo que perder ahora: un salto veloz, fulminante. Un instante. Y Ennio, aun antes de que Jackie haya comenzado a hablar, se ha escondido el cuaderno bajo la chaqueta, encajándose entre el cinturón y la barriga.

4

UNA SONRISA EN EL AGUA

DE: fambernini@libero.it

A: Ennio

ASUNTO: hola

Hola, Ennio:

Te escribo desde esta isla a la que hemos venido papá y yo para pasar unos días de vacaciones. ¡He encontrado un cíber también aquí! Desde la ventana puedo ver el mar. Se ven también las líneas de espuma de las olas, que parecen muchas sonrisas, tan blancas, que vienen de quién sabe dónde para llegar aquí abajo, a la playa. Cada vez que mi mirada se pierde ahí en el infinito, yo imagino que te veo llegar cabalgando sobre una de esas sonrisas, y aterrizar aquí, a mi lado.

¿Sabes? Hemos decidido hacer algunos trabajitos en casa. Así cuando vuelvas la encontrarás más bonita. Estamos pensando en pintar tu habitación de otro color, pero no sé cuál, no consigo decidirme, cambio de idea cuatro veces por hora. Ya hemos quitado los estantes y lijado las paredes. No te preocupes, hemos vuelto a colocar cuidadosamente todas

tus cosas. El póster de Jim Morrison lo he enrollado y puesto en el sótano. Si me mandas tu dirección te lo envío. Podríamos pintar tu habitación de verde. ¿Qué te parece? *Today is Monday, I am studying English. How are you?* He decidido recuperar mi inglés. Antes o después, ya se lo he dicho a papá, tendremos que ir a verte.

Ennio, escribe o llama algún día. Ya han pasado varias semanas. Dinos por lo menos cómo estás.

Un abrazo,

Mamá

5

EL HOMBRECILLO

—Mañana, mañana... ¡Hace tres semanas que te oigo decir mañana! ¡Y no has cerrado ni la sombra de un contrato! Mañana es el último día que nos vemos, señor Bernini... ¿understand?

—¿Me está despidiendo por teléfono?

—¿Prefieres un fax?

—Pensaba que...

—Muy bien, muy bien... Ennio, eres realmente afortunado, alright, me has pillado en un buen día, después de una sesión de yoga afgano verdaderamente relajante...

—¡Gracias, señor Pastanella! ¡Le estoy realmente agradecido!

—Tienes que vender el apartamento de Loman.

—Pero ¿no es ese repugnante que parece un zoo?

—Exactamente. Nunca nadie ha conseguido encontrar ni siquiera un posible comprador... alright... creen que van a desmayarse en cuanto ponen el pie en ese estudio.

—Pero yo...

—Éstas son las condiciones, Ennio. Espero noticias tuyas.

Cuando cuelga, Ennio está temblando. El sórdido cuartito de su inmueble está helado. Abre las pesadas cortinas y le echa una ojeada al edificio de enfrente. Ennio mira ese mundo de ventanas intrincadas para encontrar una familia que pueda adoptarlo sólo por el falso recuerdo de una vida americana inventada.

¿Cuántas veces, de pequeño, ha soñado con una familia feliz? Demasiadas. Pero un día lo conseguirá. Conocerá una mujer, se casará con ella y...

Eh, eh, ¡despierta!

«¡Kaput! ¡Despedido! Patada en el culo y te vuelves a Italia, ¿Understand?», grita la voz de Gianni que retumba en la habitación.

Ennio observa la maceta de helechos cerca de la puerta.

De pequeño tenía la costumbre de escribir todos sus secretos en papelitos que después enterraba en las macetas de la terraza. Se podía confiar en la albahaca, en el geranio, el jazmín, las rosas, la azalea, la hortensia. Ésos eran sus mejores amigos.

El secreto más grande, ese que ni siquiera habría querido contarse a sí mismo, ha sido durante años una especie de fantasma y, sólo después de haber celebrado su decimoctavo cumpleaños, Ennio decidió enterrarlo en la maceta del cactus, dejándolo en compañía de algunas lombrices. Pero a partir de aquel día su tripa comenzó a hincharse. Un hombrecillo se había trasladado a su vientre con la intención de aprender a silbar como

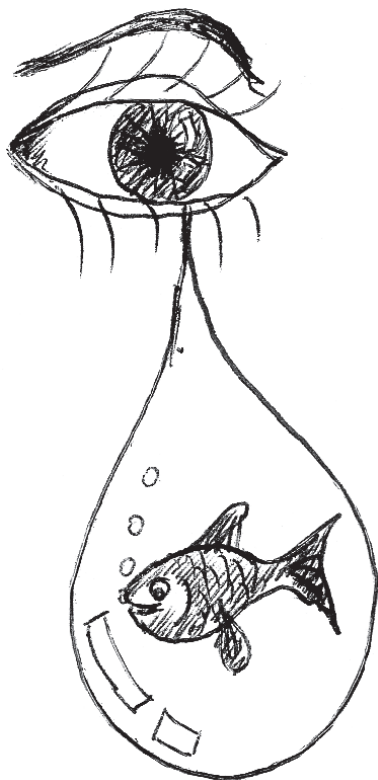
es debido. Y de ahí todos esos intentos inútiles que terminan siempre por generar corrientes de aire que le mueven los intestinos. De ahí todas esas pedorretas malolientes que le transforman la cara en una mancha roja de vergüenza...

Ennio se lanza sobre la cama. Mete las manos bajo la almohada y extrae un cuadernito. Es la libreta secreta de Kazuko. «No miréis y no leáis», advertía la portada desaparecida, pero desde que lo recuperó de la basura en Orchard Street, Ennio no ha resistido la tentación y lo ojea cada noche antes de dormirse. Ha encontrado dibujos fantásticos de piernas y brazos que rozan las estrellas y los planetas, ha visto edificios con ojos y boca, y desde ese momento la ciudad le parece más bonita. Ha empezado a saludar a los coches, esas limusinas con el morro tan largo como el de los cocodrilos, y los rascacielos, todos tan amables con él, siempre de pie y aclamándolo en verdaderas *standing ovation*...

Hay un dibujo en concreto que impresiona a Ennio más que cualquier otro, y que le hace sentirse cerca de Kazuko. Se trata de una lágrima dentro de la cual nada un pecesito.

Le recuerda a una de las cientos de fotografías que ha hecho a las lágrimas de la gente. Empezó de pequeño, con su Polaroid, y ahora retratar esas pequeñas gotas saladas con la cámara digital se ha convertido para él en una especie de obsesión. Está convencido de que en las lágrimas de las personas se puede leer su pasado. Incluso los recuerdos más lejanos...

Ennio mira el dibujo y piensa en su madre, en todas las lágrimas que ha visto brotar de sus ojos.



Qué no daría Ennio por encontrar a la propietaria de la libreta mágica. Desde que se dio cuenta de que la portada con el e-mail de Kazuko se había volatilizado, arrancada por los dedos secos y crueles de Jacqueline, no tiene paz. Ya van tres veces que Ennio ha ido a Orchard Street esperando encontrar a la propietaria del cuaderno mágico. Tal vez debería tener el valor de preguntarle a la gente del inmueble o de llamar a todos los timbres de la vecindad... y si no bastase, llamar a los de todo el barrio, y después a los de Manhattan, y Brooklyn y, si fuera necesario... ¡a los timbres de todo el mundo y del universo!